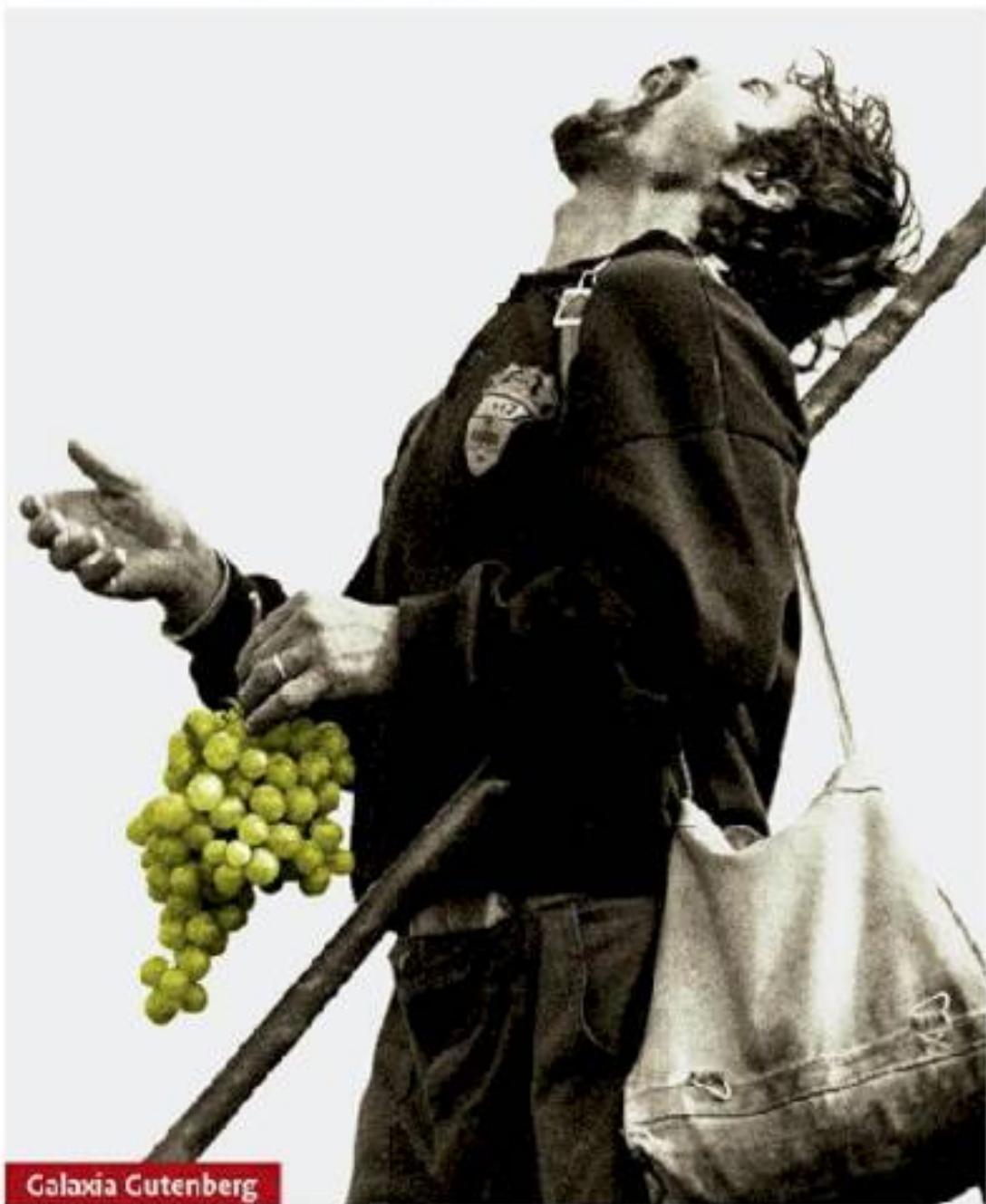


Adam Foulds
En la boca del lobo



Adam Foulds

(Londres, 1974) cursó el máster en Escritura Creativa de la Universidad de East Anglia y actualmente reside en el sur de Londres. En 2008, Foulds recibió el premio Costa Poetry Award por su libro de poesía narrativa *The Broken Word*, así como el galardón que concede el periódico *Sunday Times* al mejor escritor joven del año, el Somerset Maugham Award, el Southbank Show Award for Literature y, en 2007, el Betty Trask Award. Su novela *The Quickening Maze* fue una de las finalistas del Man Booker Prize en 2009.

En la boca del lobo es una novela sobre la guerra y la mafia, la inocencia y la corrupción, y la historia como acumulación de lo irremediable. Ambientada principalmente en Sicilia durante la Segunda Guerra Mundial, relata el intento de reconstrucción de un país después de una violenta contienda a través de la mirada de varios personajes. Will Walker, oficial inglés de Seguridad sobre el Terreno, lleva a cabo una tentativa de dominio del gran juego de la inteligencia y la intervención militares. Ray Marfione, soldado de infantería italoamericano, experimenta el devastador trauma psicológico de la batalla hasta que poco a poco, desde su escondite y con la ayuda de una princesa siciliana, emprende el largo camino de retorno a la vida. Cirò Albanese es un mafioso que ha disfrutado de un prolongado y fructífero exilio en Nueva York durante los años del fascismo italiano. Regresa para recuperar su vida anterior, incluida la esposa que desde hace mucho lo da por muerto. Junto a algunos amigos liberados de prisión y con la ayuda inconsciente de los aliados, trabaja por el restablecimiento del control de la mafia en Sicilia.

Escrita en capítulos cortos de una intensidad lírica extraordinaria, *En la boca del lobo* confronta los pequeños detalles brillantes de la experiencia individual con unas fuerzas históricas de contundente enormidad. Es testigo de los esfuerzos de los personajes por encontrar algún significado en todo ello, por contarse a sí mismos historias que tengan sentido. Los numerosos relatos se entrelazan y se separan a lo largo de una novela que registra, con toda la brutalidad posible, los acontecimientos de dichas vidas sin juzgar su significado o su valor.

ADAM FOULDS

En la boca del lobo

Traducción de
Irene Oliva Luque

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *In the Wolf's Mouth*
Traducción del inglés: Irene Oliva Luque

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre 2016

© Adam Foulds, 2016
Reservados todos los derechos
© de la traducción: Irene Oliva, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016
Imagen de portada: Pastor comiendo uvas, distrito de Catania, Sicilia
© Alessandro Saffo / Fototeca 9×12

Conversión a formato digital: María García
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-31-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Charla

Siempre puede haber un tiempo de inocencia.
Nunca existe un lugar.

WALLACE STEVENS,
Las auroras de otoño

Prólogo
EL PASTOR
1926

Se inclinó hacia delante, blandió con cuidado la escopeta que llevaba a la espalda y la alzó de forma que la culata se apoyase con firmeza sobre la mandíbula. La incipiente barba le raspaba contra la madera, al apuntar a la perdiz, que flotaba sobre los dos puntos de mira. Allí seguía, jadeando de calor. Disparó. El ave salió despedida de lado. Se desplomó pesadamente, sobresaltada, como a quien se le quita la silla de golpe. La detonación sacudió en ecos todo el valle y lanzó por los aires a un cuervo que volaba en círculos amplios y evasivos, graznando a gritos. Angilù pensó en los demás pastores de las colinas, que oirían el tiro llenos de asombro, tal vez se asustarían. La perdiz agitó un ala como si pensara que aún podría huir volando hasta un lugar seguro, pero conforme Angilù caminaba hacia ella, el movimiento se fue ralentizando hasta un débil aleteo. Cuando llegó a su lado, el ave estaba quieta, el cierre del pico desencajado y el pequeño ojo negro sin pestañear por el sol.

Recogió el ave y la volvió a subir a la cumbre desde donde el viento luego lo empujó cuesta abajo por la otra ladera hasta su choza, con su mula amarrada y las ovejas correteando sobre las piedras en busca de brotes frescos. Se sentó a la sombra del claro y desplumó el ave, las plumas bellas y suaves flotaban alrededor de sus pies. Cuando la piel llena de bultitos quedó expuesta cual mujer desnuda, cogió la navaja e hizo un corte bajo el hueso de la quilla, después sacó un puñado de tripas húmedas. Lista para cocinar. Excelente. La perdiz era un golpe de suerte. De

otro modo, habría sido más queso salado y pan duro, o caracoles, si se molestaba en cogerlos. O hierbas silvestres. Cerca había un lugar donde crecían. Lo podía ver en su imaginación: la luz clara, las esbeltas plantas agitándose al viento.

Abrió el ave por la mitad, quebrándole las pequeñas costillas, y la asó sobre un fuego de brasas vivas y candentes. Cortó la carne y la comió de la hoja de su navaja. Engulló los huesos más finos y chupó los más grandes.

El invierno había sido una época cálida en el pueblo, rodeado de gente, con la fría lluvia plateada oscureciendo la tierra, alimentándola. Pero era bueno volver a estar solo, allí arriba, alejado de todo el clamor de conversaciones y obligaciones, familias y rivalidades, e injusticias. Los demás pastores añoraban el hogar, pero él aún era joven y no tenía esposa. Claro que también estaba la soledad, y de niño la había odiado, al sentirse prisionero en las colinas, expulsado de la vida corriente, asustado por los bandidos y los asuntos de los que debía ocuparse. En aquel entonces, cerca de una de las chozas, había colocado unas piedras sobre el suelo para componer figuras de rostros con las que hablaba, durante largas conversaciones. Ya no lo hacía, pero el lugar había quedado alterado. Quedaba allí una presencia, una carga en el aire que flotaba sobre aquel punto, un fantasma de sí mismo, quizá.

Mientras el sol se ponía, observó las sombras que fluían descendiendo por las colinas y llenaban el valle. Más tarde aparecieron las estrellas. Su mula se desvaneció en la oscuridad, las pálidas ovejas también. Pero el viento seguía despierto, vibrando por encima de las duras cumbres.

Al día siguiente, Gino condujo su rebaño lo bastante al este para que Angilù oyese su canto alzarse al viento. Angilù se llevó las manos a los lados de la boca y entonó:

—¿Quién canta por ahí? Suena como un perro enfermo.

Hubo una pausa, después la voz de Gino volvió flotando.

–¿Quién canta ahí arriba? Suenas como si te doliesen todas las muelas.

Se cantaron insultos durante un rato.

–No tienes ni idea de canto. Más te valdría ir a la escuela a Palermo, a ver si aprendes.

–No sabes cantar. Tú tendrías que ir a la escuela de Monreale.

–Cuando naciste en un rincón escondido, parecías un chucho mal parido.

–Cuando naciste en mitad de un callejón, había una peste horrorosa a cagajón.

Siguieron cantando durante un rato y luego Gino desapareció.

El día siguiente, al atardecer, Angilù notó que su mula movía las orejas hacia delante y levantaba la cabeza. Miró al otro lado del valle y vio a un hombre acercarse a caballo, la sombra grande y articulada del caballo se movía por encima de las piedras que tenían delante mientras el animal bufaba y se afanaba bajo aquel hombre de gran tamaño. Uno de los guardas de las tierras. El príncipe los escogía por su tamaño, en parte, y por cómo lucirían en su librea. A Angilù no le hacía falta ni mirar; sabía cuál sería antes de que llegara. Se sentó tranquilo y esperó.

Finalmente, Angilù alzó la mirada hacia la enorme silueta formada por el caballo y el hombre que tenía justo delante, la espada colgaba de la cadera del guarda y las plumas del sombrero se curvaban al viento. El caballo osciló ligeramente hacia los lados, buscando huecos en el suelo para sus pezuñas.

–Esta tarde –comenzó el guarda– sería mejor que dejases al destino seguir su curso.

Angilù asintió.

–Se lo ponen difícil ellos solos –dijo–. Esta noche no hay luna.

–¿Y a ti qué más te da?

Angilù cogió una piedrecita rosa y la hizo rodar en la palma de la mano.

–¿Traen o se llevan?

–¿Importa?

Angilù no dijo nada.

–Se llevan –dijo el guarda.

–¿Cuántas?

–Haces muchas preguntas.

Angilù levantó la mirada hacia el firme costado del caballo, que daba un paso atrás. Notaba cómo el guarda le miraba fijamente la coronilla. Estaba fumando un cigarrillo, uno caro, dulce y aromático.

–Digamos –añadió el guarda– que si no ocurriese, el arrendador no estaría contento.

–Ya –afirmó Angilù, y dejó caer la piedrecita al suelo–. Ya.

El guarda se quitó el sombrero y se limpió el sudor del pelo con el brazo.

–Aquí arriba piensas demasiado. Te preocupas. Total, está todo planeado. Vendrán a buscarte por la mañana.

–Virgen santa.

–Será mejor para tu reputación que te aten.

–Pero ¿por qué? Nunca lo han hecho. ¿Por qué tienen que hacerlo? Por Dios.

–¿Qué te he dicho de que pienses tanto? Puede que a alguien le preocupe que alguien del municipio se esté interesando. Las cosas ya no son lo que eran. Es lo mejor.

–Lo mejor –repitió Angilù.

–Listo –concluyó el guarda.

Con un dedo lanzó la colilla. Aterrizó en el suelo delante de Angilù, tan ligera y precisa como un grillo en su súbita quietud. Angilù se preguntó si el guarda lo estaría observando para ver si se acercaba a cogerla.

El guarda retorció las riendas del caballo y se fue cabalgando colina abajo; al principio el caballo se resistió a la pendiente con las patas delanteras rígidas y estiradas. Tar-

dó mucho tiempo en cruzar el valle, remontar la ladera al otro lado y por último descender, desapareciendo tras ella.

Oscuridad. Atestaban el cielo las infinitas estrellas brillantes de una noche sin luna. El viento aspiraba ruidosamente el fuego. Angilù no tenía nada que hacer salvo esperar.

Cuando por fin los oyó acercarse, se levantó para recibirlos. Distintos pasos a su alrededor, aunque no sabía decir cuántos eran. Se desplegaron en distintas direcciones. Angilù imaginó arañas dispersándose al levantar una piedra. Ellos podían verlo con toda la claridad, ésa era su intención, un hombre de pie junto al fuego, envuelto en ráfagas de llamas. Quería mostrarse dispuesto a colaborar desde el principio. La figura de un hombre se acercó directamente y Angilù le dio la espalda para no verle la cara, para no saber. El hombre no dijo nada mientras agarraba las muñecas de Angilù y comenzaba a atarlas. Su aliento desprendía el aroma dulce y acre del vino tinto. Todos habrían dado buena cuenta de una comilona en alguna casa de Sant'Attilio antes de ponerse en camino hasta allí arriba. El hombre se agachó para atarle los tobillos a Angilù, pero se lo pensó mejor.

–Túmbate bocarriba y pon los pies en el aire.

Obedeció. Durante el minuto que el hombre empleó en apretarle la soga alrededor de las piernas, Angilù experimentó un placer sorprendente por la intimidad del contacto con aquel desconocido. Se sintió cuidado. Era el mismo tacto atento y hábil de su madre cuando le cortaba el pelo.

Una vez atado, el hombre se dio la vuelta y se alejó caminando.

–¡Eh! –lo llamó gritando Angilù–. ¡Eh! ¡Metedme en la choza!

Pero el hombre no se volvió y Angilù tuvo que arrastrarse como una oruga junto al calor del fuego para llegar hasta la segura oscuridad de su refugio. Al otro lado de los

muros, podía oír los gritos, el chasquido de los látigos, los balidos y el revuelo de las ovejas que se llevaban en la oscuridad.

Los hombres estuvieron ocupados un buen rato, pero por fin acabaron y se hizo el silencio, salvo por el viento y las ovejas que quedaban, espantadas, repiqueteando las piedras. Y de repente su mula rebuznó al vacío, enérgica y enfurecida. La bestia necia. Él se tendió de costado para no tumbarse sobre las manos y miró afuera, hacia las llamas que se consumían y las cenizas blancas del fuego que se desprendían volando hacia las estrellas. Se fue relajando poco a poco, poco a poco se quedó dormido tras varias sacudidas bruscas y dolorosas en las piernas amarradas.

Se despertó antes del alba y se estiró para liberarse de los calambres en las piernas y los brazos, luego se quedó tumbado, inmóvil, y observó la luz fría y roja derramarse por las colinas. Mientras el sol ascendía, le llegó desde el suelo el olor a rocío al evaporarse, la vegetación de su choza al calentarse. Tenía sed pero no se le ocurría cómo quitar el tapón al odre de agua sin que se vaciase por todos lados. Quizá podría bebérsela toda. También quería mear, pero ¿cómo lo iba a hacer? Se dio la vuelta y serpenteó y pataleó hacia el odre. Después se retorció hasta erguirse para que quedase detrás de él y al alcance de las manos. Las puntas de los dedos encontraron el tapón, lo agarraron y tiraron. Lo movía milímetro a milímetro, con enorme concentración. Cuando por fin se soltó de golpe, tuvo que rodar sobre el suelo todo lo rápido que pudo, empujar con los labios contra el peso del agua que se derramaba y tapar el agujero con la boca. Se quedó allí como un bebé de pecho, tragando y tragando mientras su estómago se expandía con la fresca oscuridad del agua. Se apartó, con el agua cayéndole de nuevo sobre la cara, y se alejó arrastrándose. Ahora tenía el pelo húmedo, tosco y pesado por el polvo. Deshizo el camino hasta la entrada y se sentó erguido a esperar que lo descubriesen.

Entornó los ojos hacia las colinas. Nadie. Nada. Se quedó mirando a la lejanía azul y rosa y buscó figuras. Nada. Tan sólo el mundo empezando a despertarse poco a poco. Su mula agitó las ijadas para sacudirse las primeras moscas. Angilù ya no aguantaba las ganas de orinar y no había manera de que llegase con las manos hasta la parte delantera del cuerpo. Podía intentar tumbarse con la navaja debajo, pero seguro que alguien llegaría pronto. Regresó pataleando hasta la sombra de su choza, dio con una zona seca que el agua derramada no había empapado y se tumbó inmóvil.

Se despertó con una imagen estruendosa en la cabeza: un arroyo estallando sobre una roca. Ya no le quedaba otra. A duras penas se sacó la navaja del cinturón, la agarró con la hoja hacia arriba contra la sogá y se tendió sobre ella. Se balanceó de un lado a otro, machacándose los dedos, sintiendo cómo la hoja calaba en la sogá, con la punta punzante contra la espalda. Empujó con los talones para que todo su peso cayera sobre ella, y cuando casi había acabado, rodó sobre la cara y tiró de los brazos con todas sus fuerzas para separarlos. Después de tres intentos, sus brazos salieron volando en direcciones opuestas y los utilizó para salir a rastras de la choza. Cayó de lado, se abrió el pantalón y se relajó en un chorro largo y ruidoso que corrió por la superficie tan grueso como una hoja de cristal.

Ya hacía rato que el sol había pasado su punto más alto. Se habían olvidado de él. Angilù gritó todo lo fuerte que pudo, separando cada sílaba: «¡Hi-jos-de-pu-ta!».

Regresó arrastrándose a su choza mojada y desordenada y cogió la navaja para cortarse la sogá de los tobillos. Tenía los brazos débiles. Los dedos le temblaban con poco tino. Vio que la suciedad del suelo estaba revuelta, marcada por los rastros de su esfuerzo. Volvió a introducir el tapón en el flácido odre y lo puso en su sitio. Cogió la escopeta y partió hacia la hacienda a lomos de su sombría y paciente mula para denunciar las ovejas robadas al hombre que había ordenado el robo.